

La paradoja más allá de la contradicción

quirogaoa@gmail.com

El presente trabajo es el resultado de la función de Mas-Uno del cartel titulado “Interrogantes sobre la satisfacción, diferencias entre pulsión, goce y placer”, de la cartelización de la Conversación Analítica, 2017.

El diccionario de María Moliner define a la paradoja como una “*idea extraña opuesta a lo que se tiene generalmente por verdadero o a la opinión general*”. Ferrater Mora indica con claridad la raíz etimológica del término, la cual expresa la oposición entre la paradoja y lo admitido en el sentido común. Si bien es posible, tal como lo destaca Ferrater, señalar tres nociones de la paradoja: una lógica, otra existencial y una psicológica, esta toma una función muy precisa en el razonamiento lógico y constituye lo que generalmente se conoce como aporía. Se trata entonces en la paradoja de la puesta en evidencia de una inconsistencia en un sistema lógico dado, falla que es plétórica en consecuencias y respecto de lo cual la historia de la lógica nos muestra claros y decisivos ejemplos en cuanto a su función en la elaboración del saber.

El recorrido en este trabajo intenta tender un lazo entre paradoja y acontecimiento. Podemos encontrar en Lacan un uso extenso del concepto de paradoja para delimitar con precisión la subversión del planteo freudiano, punto que lo ocupó a lo largo de su enseñanza. Lo que nos parece destacable en *De un Otro al otro*, es la utilización del término acontecimiento para caracterizar la obra de Freud. Entendemos que definirla así conlleva una vuelta de tuerca respecto de aquello paradójico de la satisfacción pulsional que lo ocupó en *La ética del psicoanálisis* y en el seminario sobre los cuatro conceptos. El acontecimiento Freud, como lo llama en el seminario 16, es puntualizado en estricta referencia al seminario sobre la ética y esto por cuanto la ética del psicoanálisis gira en

torno a lo real como eje, a eso de difícil acceso, no subsumible en predicación alguna, aquello indócil a lo simbólico. Irá delimitando entonces un campo propio de la ética del psicoanálisis a partir de la diferenciación entre el campo de la verdad, consustancial al semblante y lo ficcional por un lado; y el campo de lo real por otro.

Respecto de la satisfacción en el hablante hay un antes y un después de la aparición del concepto de pulsión acuñado por Freud. Esta conlleva el deslinde de todo enfoque psicológico e introduce, por sus consecuencias clínicas, una perspectiva ética propia para el psicoanálisis, dice Lacan:

“...el único alcance de la función de la pulsión para nosotros es poner en tela de juicio este asunto de la satisfacción” (1991b: 173).

La pulsión, desde Freud, indica la separación del hombre respecto de la naturaleza, de allí que Lacan hable de montaje y señale la dimensión de ficción que hace consistir en la fórmula de la pulsión. En esta misma está destacada la acefalía inherente al empuje pulsional, en la pulsión se trata de *algo* que empuja, que exige una satisfacción que no pertenece al campo del placer. En esta exigencia pulsional *se* contenta *algo* en el sujeto. Es sobre ese impersonal que recae la interrogación del psicoanalista, ¿de qué se trata en eso que queda contentado en el sujeto sin que esto implique el estar contento? Este es quizás uno de los puntos donde más fuertemente queda subvertido el problema de la satisfacción a partir del psicoanálisis, porque este contento que se alcanza acarrea un penar de más en el sujeto, un sufrimiento, un esfuerzo que significa un mal de sobra y es este penar de más, esta “satisfacción paradójica” (1991b: 174), lo que habilita la intervención analítica.

Avancemos en la dirección de esta paradoja. Por un lado la satisfacción se alcanza en la medida en que la meta de la pulsión *es* la satisfacción y el drang es indetenible; pero por otro y en la medida en que la pulsión pone en juego lo real como imposible, obstáculo también al principio del placer, cualquier satisfacción alcanzada no deja de participar de lo ilusorio, con lo cual no se alcanza la esperada. Entonces, se puede afirmar que la satisfacción pulsional es algo a lo que el sujeto accede en la misma medida en que no le es

accesible. Esta paradoja nos sitúa en una zona fronteriza, un lugar de unión a la vez que de separación, donde reina al mismo tiempo la conjunción y la disyunción. Este borde será el lugar por donde Lacan haga entrar al deseo del psicoanalista en la medida en que es el operador transferencial con el que responde a la perspectiva ética que se abre a partir de la pulsión.

En “Del trieb de Freud y del deseo del psicoanalista”, Lacan precisa este campo de la pulsión al separarlo de lo libidinal. En esto último se trata de algo mensurable aunque no cuantificable, la posibilidad de atribuir sobre un componente económico que caracteriza en términos de una coloración sexual, un color que vela un vacío. La oposición se clarifica a partir de la diferencia entre lo ligado/ligable y lo inercial, también entre lo sexualizado y eso no sexual que la pulsión pone en acto.

El acontecimiento Freud entonces nos parece que debe ser considerado desde este trabajo freudiano, continuado por Lacan, de ir delimitando ese litoral entre semblante y real. Esto en la obra de Freud conlleva una subversión de la satisfacción en general y también del principio del placer, el punto paradójico se sitúa nuevamente respecto de la satisfacción en juego: ¿Qué tipo de satisfacción implica el placer por cuanto acarrea la posibilidad de la alucinación? Punto este que nos indica que el objeto falta y en esa falta se instala lo ficcional, entonces: si el objeto falta, ¿en qué se alcanza la satisfacción del principio del placer?

Lo que permite definir a esta orientación como un acontecimiento es que ella es tributaria de un aparato, por ende de una escritura. Este aparato comanda la búsqueda de una identidad de percepción que le permita alcanzar la homeostasis, punto donde la imposibilidad queda en evidencia por cuanto el reencuentro es imposible. Esta búsqueda está gobernada por la repetición, o sea un campo donde imperan las facilitaciones y los signos, y esto connota que el criterio de realidad no participa de este funcionamiento, el aparato entonces, el inconsciente, deriva a la alucinación y aquí se plasma esa dimensión de la escritura dado que Freud funda con esta perspectiva una energética.

El acontecimiento Freud es, a partir de la escritura, ir delimitando un real en juego que el aparato no puede eliminar y que condiciona el modo en que la satisfacción es alcanzada en el hablante, muy tempranamente lo había abordado como una “fuente independiente de desprendimiento de displacer” ((1896) 2007: 262) propia de la vida sexual.

Freud produce en este punto una ruptura con ciertas concepciones que lo precedieron por cuanto pone en cuestión el sistema de lo representacional. El planteo freudiano subvierte el programa aristotélico por el cual el placer vía la temperancia refiere a la idea del Bien por cuanto la aspiración es el logro de un justo medio, en este punto preciso ubicamos la imposibilidad de la homeostasis. Por otro lado Freud rompe con el idealismo kantiano, el cual es sustentable en la medida en que privilegia lo representable en detrimento de lo que queda por detrás.

La orientación que Freud le imprime al concepto delimita, como dijimos, ese borde entre el semblante y algo de otro orden que el semblante vela colocando entre paréntesis. Dice Lacan:

“...que el inconsciente haya sido descubierto, nos indica la proporción singular que escribimos con la ayuda del término a como efecto original de la inscripción, por poco que le demos tan solo un breve empuje suplementario, que puede renovarlo conjugando repetición y diferencia en esta operación mínima que es la adición.

Hay un saber que es sobre la verdad menos el saber. Allí tenemos que tomar verdad, es decir, palabra que se afirma, sobre la función del saber” (Lacan, 2008: 184)

Esta cita sitúa con precisión la función de esa letra que es a , resto de la cosa sabida, aquello no alcanzado por el saber. Como letra viene a señalar que hay un real que es esquivo al semblante, lo que determina a nivel de la verdad la imposibilidad de decirla toda.

Oscar Quiroga, diciembre de 2017.

Bibliografía:

-Freud, S. Manuscrito K. Las neurosis de defensa (un manuscrito de navidad) (1896). En Obras Completas. Tomo I. Amorrortu. Buenos Aires. 2007.

-Lacan, J. Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista. En Escritos 2. Siglo XXI. Buenos Aires 1991a.

-Lacan, J. El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires. 1991b.

-Lacan, J. El Seminario, libro 16: De un Otro al otro. 2008.